

*Los aliados de las esperanzas fallidas.
La Casa de Austria y los Vasa de Polonia
(1598-1648)*

Ryszard Skowron

A mediados de julio de 1587 llegaba a Varsovia el embajador extraordinario de Felipe II Guillén de San Clemente. El 13 de agosto presentó en la sesión de la dieta electiva la carta del rey español en la que otorgaba su apoyo, en la rivalidad por el trono de Polonia, al candidato de la Casa de Habsburgo. Dos días después la dieta y el senado enviaron a Felipe II un escrito en el que le informaban de que habían escuchado en audiencia a su embajador. Conforme a los mandatos del rey, San Clemente procuró por todos los medios captar aliados para el archiduque Ernesto¹. El 19 de agosto parte de la nobleza polaca reunida en la dieta electiva eligió como rey al príncipe sueco Segismundo Vasa; tres días después una segunda facción proclamaba la elección del archiduque Maximiliano de Habsburgo. Ambos electos, el primero de Estocolmo y el segundo de Viena, empezaron una carrera en la que el objetivo era la ciudad de Cracovia, donde desde hacía siglos tenía lugar la coronación de los reyes polacos (en la catedral de Wawel). El archiduque tenía clara ventaja. El 27 de septiembre juró los *pacta conventa* y recibió el título de Rey de Polonia y Gran Duque de Lituania, y sus ejércitos en los días siguientes traspasaron la frontera y se dirigieron hacia la capital. El intento de ocupar Cracovia, que se había posicionado de parte del Vasa, no salió bien y los ejércitos del Archiduque se retiraron al área limítrofe de Silesia. Segismundo Vasa llegó a la capital a principios de diciembre y el 27 de ese mismo mes tuvo lugar su coronación en la catedral. Por ese entonces Maximiliano estaba a la espera de refuerzos y sus ejércitos saquearon las áreas limítrofes bohemio-polacas de Silesia. A mediados de enero las tropas polacas, mandadas

¹ R. SKOWRON: *Dyplomaci polscy w Hiszpanii*, Kraków 1997, pp. 123-124.

por el hetman y canciller de la corona Jan Zamoyski, partieron contra los ejércitos del Archiduque. La decisiva batalla se produjo en Byczyna, a 180 kms. al oeste de Cracovia. Los ejércitos de Maximiliano fueron aniquilados y él mismo cayó prisionero ².

Para Segismundo Vasa y su situación en la arena internacional fue crucial la posición del papa. El 7 de mayo de 1588 Sixto V expidió un breve en el que le reconocía como rey electo y coronado, y a Maximiliano le despojaba de todos los títulos relacionados con el estado polaco-lituano, al mismo tiempo que exigía que los polacos pusieran en libertad al Archiduque. Envío en misión para alcanzar el acuerdo de los Habsburgo con el Vasa así como para llevar a cabo negociaciones sobre el asunto de la liga antiturca a Ippolito Aldobrandini (futuro papa Clemente VIII) ³.

El acuerdo entre los Habsburgo y Polonia se alcanzó el 9 de marzo de 1589. El tratado renovaba los vínculos de amistad entre el emperador y el rey polaco. Sobre la base de ese tratado, toda la Casa de Austria debía reconocer a Segismundo como soberano del estado polaco-lituano y garantizar la renuncia a los derechos al trono por el archiduque Maximiliano, quien, a la confirmación por juramento de los tratados por los miembros de su familia, debía quedar en libertad. En los siguientes meses el acuerdo lo juraron: el emperador Rodolfo II y los archiducos Carlos, Matías, Fernando y Ernesto. Pero en septiembre Maximiliano consiguió abandonar Polonia, lo que hizo que no jurara y en consecuencia en los años siguientes usó el título de *rex electus*. El rey Felipe II, aunque estaba obligado a la firma del tratado, se negó también.

El rey español adoptó una actitud especialmente hostil ante el nuevo rey, Segismundo Vasa. En las tres elecciones libres Felipe II llevó a cabo actuaciones diplomáticas, apoyó financieramente a los candidatos Habsburgos y deseó intensamente que en el trono de la República se sentase un representante de su familia. Felipe II ya había hecho todo lo posible en las dos primeras elecciones. En 1573 había llegado a la dieta electiva Pedro Fajardo, marqués de los Vélez. Durante la elección de 1576 había apoyado con la suma de 30.000 escudos a los

² H. NOFLATSCHER: *Glaube, Reich und Dynastie. Maximilian der Deutsche Meister (1558-1618)*, Marburg 1987, pp. 137-172.

³ V. MEYSZTOWICZ: "Antonii Martinelli relatio de Hippolyti Aldobrandini legatione in Polonia", *Antemurale* 12 (1968), pp. 29-42. C. NANKE: "Z dziejów polityki Kurji Rzymskiej wobec Polski (1587-1589)", *Archivum Towarzystwa Nauk we Lwowie* 9 (1921), pp. 25-211.

diplomáticos del emperador en Polonia, y en 1587 llegó el mencionado San Clemente. El principal cometido de los diplomáticos españoles fue apoyar en la lucha por el trono polaco a los miembros de la Casa de Austria, especialmente al archiduque Ernesto, muy próximo a Felipe II, pero esas sucesivas elecciones trajeron al rey español grandes decepciones, y provocó su actitud negativa hacia cada nuevo monarca electo polaco ⁴.

La derrota de Maximiliano en Byczyna y su encarcelación desconcertaron a Felipe II. Este fracaso socavaba la autoridad de toda la Casa de Austria. El Rey Católico consideraba la obtención de la corona polaca como una obligación histórica para la Casa de Austria; por ello hasta 1593 aspiró a que el lugar del Vasa en el trono lo ocupase uno de los archiduques; y por ello apoyó las pretensiones de Maximiliano a la corona y las negociaciones llevadas a cabo por Ernesto con Segismundo III. A Felipe II le era más cercana la persona de Ernesto, que se había criado en su corte, pero entendía también las razones de Maximiliano, quien encontró en el rey su principal apoyo: tanto el Archiduque como Felipe II rehusaron durante más de nueve años la ratificación del acuerdo de 1589.

La sistemática política prohabsburga de Segismundo III no hizo cambiar la actitud hostil del Rey Católico hasta 1596, pues consideraba que cada acercamiento del rey polaco al emperador alejaba a uno de los archiduques de la corona polaca. Segismundo III, a pesar de la actitud contraria de Felipe II aspiró una y otra vez a que mejoraran las relaciones. Ya el 28 de enero de 1588, es decir, a los cuatro días de la batalla de Byczyna, escribió al rey español una carta en la que le garantizaba su amistad y le presentaba la situación de Polonia ⁵. En los primeros años de su reinado envió a España varios diplomáticos y pensó que el rey español cambiaría de actitud a medida que se fueran produciendo acercamientos con Viena.

⁴ R. SKOWRON: "El espacio del encuentro en los confines de Europa. España y Polonia en el reinado de Felipe II", en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *Felipe II (1527-1598). España y la Monarquía Católica*, 2 vols., Madrid 1998, I, pp. 887-889.

⁵ Biblioteka Jagielonńska, Cracovia, ms. 159. Segismundo III a Felipe II, 28 de enero de 1588, c. 12v-14.

*MATRIMONIOS, ÓRDENES Y PUESTOS.
EN EL ÁMBITO DE LOS ASUNTOS DE FAMILIA*

Antes de presentar los vínculos familiares de los Vasa con la Casa de Austria, es menester recordar que el poder de la dinastía de los Habsburgo crecía por los pactos matrimoniales de las dos ramas, situadas en ambos extremos de Europa: en 1495 con los Trastámara, que reinaban en Aragón y Castilla y en 1515 con los Jagellones, que ocupaban en esos períodos los tronos de Polonia, Lituania, Hungría y Bohemia. Es conveniente recordar que un segundo pacto, firmado en el congreso de Viena, unía con vínculos de sangre a los nietos de Isabel y Fernando con los Jagellones.

Segismundo III era hijo de Juan Vasa y Catalina Jagellona. Por parte de madre estaba emparentado con Aragón (su abuela Isabel, hija del rey Alfonso II) y con los Habsburgo (la otra abuela Isabel, hija del rey de Romanos Alberto II). El padre de Segismundo, Juan III Vasa (hijo del fundador de la línea sueca de los Vasa, Gustavo I), tomó el poder en Suecia en 1562. La nobleza polaca lo eligió como rey sobre todo porque era descendiente de los Jagellones y católico.

El Vasa, a pesar de haber sido propuesto al trono por el partido antihabsburgo y tener que luchar por la corona con Maximiliano, aspiró desde el comienzo de su gobierno a un acercamiento con la Casa de Austria. Paralelamente Juan III, su padre, influido por las actuaciones de la diplomacia habsburga empezó a convencer al hijo de que abandonara el trono polaco. En mayo de 1589 Segismundo III comenzó negociaciones secretas con Ernesto de Habsburgo (que había sido muy apoyado durante las elecciones por Felipe II) para entregarle el trono polaco⁶. Puso al Archiduque las siguientes condiciones para entregarle los derechos de la corona polaca: Ernesto debía contraer matrimonio con la hermana de Segismundo, Ana, renunciar a las pretensiones sobre Livonia (Inflantia) en favor de Suecia y ayudar en la recuperación de la herencia napolitana de la reina Bona y garantizar el matrimonio de Segismundo con una Habsburgo. Hacia finales de 1590 se dio cuenta de que esos acuerdos no serían aceptados por la dieta. Las denominadas “prácticas austriacas sobre la corona” descubrieron en 1592 a un envidioso archiduque Maximiliano, lo que en gran medida produjo dificultades al Vasa. Pero por aquel entonces las relaciones del rey con

⁶ K. LEPSZY: *Rzeczpospolita polska w dobie sejmu inkwizycyjnego (1589-1592)*, Kraków 1939. W. LEITSCH: *Sigismund III. von Polen und Jan Zamojski. Die Rolle Estlands in der Rivalität zwischen König und Hetman*, Wien 2006, pp. 107- 159.

el emperador habían experimentado ya una considerable mejoría. Segismundo se había dado cuenta igualmente de que permanecer en conflicto con el emperador y con los miembros de su familia en un momento de no muy buenas relaciones de Polonia con Francia, le amenazaban con el aislamiento en la arena internacional. Todas las circunstancias mostraban la necesidad de una alianza con los Habsburgo, el único verdadero aliado en esa parte de Europa, el cual no solo podía prestar apoyo militar y financiero a Polonia en los conflictos con Moscú y Turquía, sino también suministrar modelos ideológicos y culturales, tan necesarios para el joven monarca.

El instrumento básico en la realización de la política de colaboración y alianza con la Casa de Austria fueron para los Vasa los matrimonios. Estos vínculos matrimoniales eran importantes no solo por motivos políticos sino también de prestigio, porque los Vasa eran una joven dinastía y carecían de una posición fuerte en Europa. La política de matrimonios con los Habsburgo iniciada por Segismundo III fue continuada por su hijo Ladislao.

En mayo de 1592 el rey polaco contrajo matrimonio con Ana de Austria, hija de Carlos II de Estiria; y en 1605 con su hermana, Constanza de Austria. Ambas esposas eran primas hermanas de los emperadores Rodolfo II y Matías así como de los archiduques Ernesto y Maximiliano⁷. Eran hermanas carnales del que después fuera emperador Fernando II así como de Margarita, esposa del rey Felipe III. Constanza, que murió en 1631, esperaba también que llegase al poder en España el hijo de su hermana, Felipe IV. Añadamos todavía que Felipe III estaba emparentado con los Jagellones, porque su bisabuela por parte de madre, Ana de Austria, era Ana Jagellón, reina de Bohemia y Hungría. Con Ana de Austria el rey Segismundo tuvo cinco hijos, de los que solo el futuro rey Ladislao IV alcanzó la edad adulta. Sin embargo, de Constanza de Austria tuvo siete vástagos, entre ellos el futuro rey Juan Casimiro y Ana Catalina, que contrajo matrimonio con Felipe Guillermo, elector del Palatinado.

La política de contraer matrimonios con representantes de la Casa de Austria la continuó el rey Ladislao IV, quien en 1637 se casó con Cecilia Renata⁸, hija del emperador Fernando II y hermana de su sucesor Fernando III, y hermana suya igualmente era María Ana, esposa de Maximiliano I, duque de Baviera.

⁷ Sobre estos matrimonios y reinas véase W. LEITSCH: *Das Leben am Hof König Sigismund III. von Polen*, 4 vols., Kraków-Wien 2009, II, pp. 1155-1258, vol. 3, pp. 1360-1447.

⁸ H. WISNER: *Władysław IV Waza*, Wrocław 1995, pp. 150-155.

Añadamos todavía que la cuñada de la reina polaca era María Ana de España, esposa del emperador Fernando III. Tras la muerte de Cecilia Renata, Ladislao IV, desilusionado de la colaboración con los Habsburgo, se dirigió hacia Francia y en 1646 contrajo matrimonio con María Luisa de Gonzaga-Nevers.

A pesar de los estrechos vínculos familiares de los Vasa con la línea vienesa de los Habsburgo, nunca llegaron a concertar matrimonios con la rama española. La cuestión de un matrimonio español del príncipe Ladislao surge en 1624 durante su *grand tour* por Europa. El viaje del príncipe fue para los Habsburgo una gran manifestación de apoyo, y en especial para los que ocupaban el trono de Madrid. El desarrollo del viaje muestra la intención de los Vasa de captar a la élite gobernante española a sus planes políticos y dinásticos. Ladislao conoció a los gobernadores de todos los países que pertenecían a la corona española, que de los situados fuera de la Península Ibérica eran los siguientes: en los Países Bajos, la infanta Isabel; en Milán, el duque de Feria; en Nápoles, el virrey duque de Alba. En Breda se hospedó en casa del general en jefe de los ejércitos en los Países Bajos, el famoso genovés Ambrosio Spínola. Se encontró con los embajadores españoles conde de Oñate (Viena), el cardenal de la Cueva (Bruselas) y el duque de Pastrana (Roma)⁹. El príncipe polaco solicitó durante este viaje la mano de la infanta española. Da testimonio de ello la carta de Isabel al rey español Felipe IV, examinada en la sesión del Consejo de Estado de 7 de noviembre de 1624¹⁰, en la que Isabel pedía a Felipe IV que diese su consentimiento al matrimonio de Ladislao, que se encontraba en ese momento todavía en Bruselas, con la infanta María Ana. El duque de Alburquerque, el marqués de Aytona, el conde de Gondomar y Pedro de Toledo, que participaban, entre otros, en la sesión, vieron en el príncipe a un buen candidato como marido de la infanta y en sus intervenciones subrayaron sus cualidades y fama como vencedor de los turcos, pero consideraron, sin embargo, las ventajas políticas que reportaría el matrimonio de María Ana con el archiduque Fernando, que en ese mismo momento había solicitado también su mano¹¹.

⁹ *Podróż królewicza Władysława Wazy do krajów Europy Zachodniej w latach 1624-1625 w świetle ówczesnych relacji*, ed. A. Przeboś, Kraków 1977.

¹⁰ AGS, Estado, leg. 2327. Consulta del Consejo de Estado, 7 de noviembre de 1624, fol. 295.

¹¹ R. SKOWRON: *Olivares, los Vasa y el Báltico. Polonia en la política internacional de España en los años 1621-1632*, Varsovia 2008, pp. 116-120.

La política prohabsburga de Segismundo III y los vínculos de familia con ellos hicieron que la hostilidad con la que Felipe II había tratado al rey polaco fuera remitiendo gradualmente.

Los Habsburgo españoles intentaron inmiscuirse en los matrimonios concertados por los Vasa. Así, Felipe IV se opuso categóricamente al matrimonio de Ladislao IV con Isabel, hija del palatino renano Federico V e Isabel Estuardo. Ya el 25 de enero de 1635, al embajador en Viena, el conde de Oñate, se le ordenó que emprendiese acciones sobre el asunto de “el casamiento del Rey [de Polonia] con la hija del Emperador porque las nuevas, que andan de que el Rey se casa con la hija de la palatina, deve dar mucho cuidado”¹². Las órdenes se repitieron los siguientes meses con el encargo de que se colaborase estrechamente con la corte vienesa.

Todavía más resueltas fueron las actuaciones de Felipe IV cuando en mayo de 1644 llegó a Madrid la información de la muerte de Cecilia Renata y a la par la posibilidad de reorientación de la política de Ladislao hacia Francia, cuyo inicio debía ser un matrimonio adecuadamente concertado¹³. El embajador español en Viena, el marqués de Castel Rodrigo, instó a que se enviase inmediatamente un diplomático español a la corte de Varsovia, que debería no solo presentar las condolencias al rey polaco, sino también empezar conversaciones sobre una futura esposa del monarca viudo. El embajador señaló tres candidatas: Isabel Clara, hija del ya fallecido archiduque Leopoldo de Habsburgo, su madre Claudia así como Ana, hija del gran duque de Toscana Cosimo II¹⁴. Madrid, tras un largo debate, encomendó el viaje a Polonia al duque Dietrichstein, súbdito del emperador, ordenándole que apoyase en nombre de Felipe IV como candidata para esposa de Ladislao a Isabel Clara. Dietrichstein en contra del mandato recibido de Madrid no emprendió conversaciones sobre esta opción. Procedió, sin embargo, de acuerdo con el mandato del emperador Fernando, que le había ordenado apoyar a la candidata toscana.

¹² A. SZELAGOWSKI: *Rozkład Rzeczy a Polska za panowania Władysława IV*, Kraków 1907, pp. 181-182.

¹³ R. SKOWRON: „Filip IV wobec drugiego małżeństwa Władysława IV”, en *Arx felicitatis. Księga ku czci Profesora Andrzeja Rottermunda w sześćdziesiątą rocznicę urodzin od przyjaciół, kolegów i współpracowników*, Warszawa 2001, pp. 613-618.

¹⁴ AGS, Estado, leg. 2345. El marqués de Castel Rodrigo a Felipe IV, 13 de abril de 1644, s. f.

Como su simbólico final es posible señalar el 10 de julio de 1598 —el día que el ya mortalmente enfermo rey español ratificó el tratado que afectaba al archiduque Maximiliano. Apenas tres meses después, Felipe II moría en El Escorial. Felipe III, al contrario que el padre, no tuvo ningún prejuicio contra el rey polaco. La notable mejoría de las relaciones entre Polonia y España a lo largo de los últimos cinco años de la vida de Felipe II produjo que ya en enero de 1600 el rey español decidiese premiar el afecto de Segismundo III a la Casa de Austria y su fe católica, otorgándole la Orden del Toisón de Oro, a pesar de la frontal oposición a esta decisión del archiduque Maximiliano. Felipe III y el canciller de la Orden, Antonio de la Vella, informaron de ello al monarca polaco y anunciaron la marcha de una legación ¹⁵.

Al año siguiente llegó a Polonia, con numerosa comitiva, el legado español conde Lamoral de Ligne, caballero de la Orden desde 1599 y el rey de armas François Damant. La ceremonia de entrega del Toisón de Oro al rey tuvo lugar el 25 de febrero de 1601 en la catedral de San Juan de Varsovia. El nombramiento de Segismundo III como caballero de la Orden está, igual que en el caso del de Segismundo I, bien documentado en las fuentes. Se refieren al mismo siete cartas en latín: de Felipe III a Segismundo III (Madrid, 8 de enero de 1600), del canciller de la Orden Antonio de la Vella a Segismundo III (Madrid, 8 de febrero de 1600), del archiduque Alberto de Habsburgo a Segismundo III (Bruselas, 21 de noviembre de 1600), de Segismundo III a Felipe III (Varsovia, 25 de febrero de 1601), de Segismundo III al archiduque Alberto de Habsburgo (Varsovia, 25 de febrero de 1601), así como los escritos de Lamoral de Ligne que daba fe del juramento prestado y de la entrega del collar (25 de febrero de 1601) ¹⁶.

El collar del Toisón de Oro lo recibiría igualmente el príncipe Ladislao Vasa en 1615. Segismundo III tras la concertación de marzo de 1613 del tratado con el emperador Matías I consideró posible obtener de los Habsburgo españoles ayuda financiera en la guerra contra Moscú. Por tanto, decidió enviar a la corte de Madrid un legado. La misión se confió al secretario real Krzysztof Koryciński, que

¹⁵ Sobre los reyes polacos caballeros de la Orden del Toisón de Oro véase R. SKOWRON: “Order Złotego Runa i jego polscy kawalerowie”, en F. WOLANŃSKI, R. KOŁODZIEJ (eds): *Staropolski ogląd świata. Rzeczpospolita między okcydentalizmem a orientalizacją*, Toruń 2009, pp. 217-236.

¹⁶ Los documentos en Archiwum Główne Akt Dawnych, Varsovia, LL 27, c. 39-47.

llegó a Madrid entre noviembre y diciembre de 1614¹⁷. El enviado polaco llevaba una carta de la reina Constanza para la infanta Ana (en el Archivo de Simancas, sin embargo, no ha sido posible encontrarla), que contenía la petición de que se le concediera al príncipe Ladislao la Orden del Toisón de Oro. El joven Vasa era una persona ya bien conocida en la corte de Madrid y gozaba allí de gran popularidad desde los tiempos de la conquista de Smoleńsk. En la sesión del Consejo de Estado de 22 de enero de 1615, se acogió favorablemente la petición de Constanza, y Felipe III informó de ello personalmente al príncipe¹⁸. La entrega al príncipe del Toisón de Oro, que llevó el rey de armas de la Orden, Jean Hervart (miembro de la Orden desde 1599), tuvo lugar el día de San Andrés de 1615 en Varsovia.

Más confusas son las circunstancias de la concesión y entrega del Toisón de Oro a Juan Casimiro. Como se desprende de las fuentes españolas, las primeras proposiciones concernientes a la concesión del Toisón de Oro al príncipe aparecen en la primera mitad de 1634 y están relacionadas con la misión a la corte de Madrid de Stanisław Makowski. A principios de septiembre este asunto fue objeto de análisis de las deliberaciones del Consejo de Estado¹⁹. Cuando España inició actuaciones diplomáticas conducentes a no permitir la prolongación de la tregua polaco-sueca se incorporó en el año 1635 la promesa de la concesión del Toisón de Oro a Juan Casimiro en la instrucción preparada al conde de Solre y al abad Alonso Vázquez, que se hallaban en camino en misión a la corte de Varsovia²⁰. Finalmente se le concedió al príncipe la Orden en 1638, cuando estaba prisionero del cardenal Richelieu. No conocemos tampoco con detalle las fechas y las circunstancias de la entrega del collar, que tuvo lugar en 1640 o 1641²¹. El Toisón de Oro lo recibieron asimismo los reyes polacos que gobernaron en el siglo XVII tras los Vasa: Miguel Korybut Wiśniowiecki (1669) y Augusto II Wettin (1697), y únicamente no lo recibió Juan III Sobieski, pues anteriormente había recibido la Orden francesa del Espíritu Santo.

¹⁷ R. SKOWRON: *Dyplomaci polscy...*, *op. cit.*, pp. 133-136

¹⁸ AGS, Estado, leg. 710. Consulta del Consejo de Estado, 22 de enero de 1615, s. f.

¹⁹ AGS, Estado, leg. 2336. Consulta del Consejo de Estado, 4 de septiembre de 1634, fol. 26.

²⁰ AGS, Estado, leg. 2336. Consulta del Consejo de Estado, 15 de abril de 1635, fol. 3.

²¹ R. SKOWRON: "Order Złotego Runa...", *op. cit.*, pp. 231-233.

Entre los caballeros de la Orden del Toisón de Oro, los reyes polacos ocupaban un lugar destacado en lo que se refiere a su número. Después de 1565 fueron los únicos monarcas coronados, fuera de la dinastía de los Habsburgo, que recibieron el Toisón de Oro. Resultó ello sobre todo del hecho de que los soberanos de Polonia fueron los únicos reyes católicos que mantuvieron relaciones de amistad con los Habsburgo, cuando los demás como consecuencia de la Reforma se situaron en las filas protestantes, en otros reinos católicos ocupaban el trono los Habsburgo o si incluso otros reyes eran católicos estaban en estado de guerra o de conflicto abierto con España. Es menester añadir que menos veces que los reyes polacos fueron caballeros de la Orden soberanos católicos de países como: Baviera (3), Bajo Palatinado (4) o Toscana (1).

El Toisón de Oro proporcionó a los Vasa gran esplendor y reforzó su posición entre las dinastías reinantes. De manera muy hábil y con gran profusión se sirvieron de la Orden en sus relaciones propagandísticas e ideológicas. Segismundo III nada más recibir el Toisón de Oro empezó a utilizarlo para poner de relieve su posición religiosa y sus vínculos de amistad con la rama española de la Casa de Austria. El collar no solo colgaba del cuello del monarca en casi todos los retratos, sino que incluso el emblema de los Habsburgo empezó a orlar el escudo del país. Aparecía en muchos objetos relacionados con el rey y su corte. La primera vez que se hizo uso ya a gran escala del collar como elemento decorativo-propagandístico fue en el castillo real de Wawel después de su restauración a raíz de un incendio. Aparece allí, entre otros lugares, en la gran chimenea de la sala de audiencia y en las portadas del palacio. Empezó a figurar en objetos de uso cotidiano: candelabros, vajillas, cubiertas de libros, medallas, etc. Se aprecia claramente en la gran bandera nacional confeccionada en 1605, en los banderines de las trompetas y en los cubretambores de los músicos. De igual manera, aunque no ya a tal escala, actuó Ladislao IV. Sin embargo, él fue más allá todavía, pues intentó instituir, siguiendo el modelo borgoño-español, la Orden de Caballería con la Orden, pero a ello se opuso en toda regla la nobleza polaca.

La cada vez más cercana colaboración política entre España y Polonia en los años veinte y treinta del siglo XVII, especialmente en lo tocante al plan báltico de Olivares y la consiguiente alianza antifrancesa, originó que los vínculos de familia entre las dos dinastías se estrecharan y abarcasen nuevos espacios. Se convirtieron en objeto de negociación: cargos, beneficios y dineros para los miembros de la familia de los Vasa²². Las proposiciones viajaban en ese período tanto de la

²² R. SKOWRON: *Dyplomaci polscy...*, *op. cit.*, pp. 123-195.

corte de Varsovia como de la de Madrid. Los Vasa esperaban a cambio de su política prohabsburga recibir alguna recompensa, que aumentase sus pocos ingresos y retribuciones que poseían en el Estado polaco-lituano, mientras que la corte de Madrid para atraerse la actitud favorable de los miembros de la familia de los Vasa, en el transcurso de las negociaciones diplomáticas les presentaba diferentes proposiciones de carácter financiero.

El cargo más alto que se confió por Felipe IV a un miembro de la dinastía de los Vasa fue el puesto de virrey de Portugal, para Juan Casimiro²³. La entrega al príncipe de este puesto era la primera etapa de unas actuaciones de España que tenían como objetivo arrastrar a Polonia a la guerra contra Francia. Los acuerdos sobre la partida de Juan Casimiro a Portugal se tomaron durante su estancia en la corte imperial el verano de 1637, cuando precisamente el rey Ladislao contraía matrimonio *per procura* con Cecilia Renata. Juan Casimiro el 27 de enero de 1638 abandonó Varsovia y yendo por Viena, Bratislava, Innsbruck, Verona y Milán llegó a Génova hacia finales de abril, desde donde el 4 de mayo a bordo del barco genovés “Diana” zarpó hacia Barcelona. En la travesía el barco se detuvo en Savona y Saint Tropez y el 9 de mayo en el pequeño puerto militar de Tour de Bouc. Allí, nada más tomar tierra, Juan Casimiro por orden del gobernador de Provenza fue arrestado bajo acusación de espionaje en favor de España, y a continuación encarcelado. El príncipe permaneció en cautividad del cardenal Richelieu hasta finales de febrero de 1640. Las líneas española y austriaca de los Habsburgo consideraron la encarcelación del príncipe polaco como la mejor ocasión de forzar a la República polaca a la guerra contra Francia. En octubre de 1638 durante las conversaciones de Nikolsburg el emperador hizo constar que Ladislao IV debía empezar la guerra con Luis XIII y de esa manera vengar la humillación que había sufrido la familia de los Vasa²⁴. Confirmación de esa postura de los Habsburgo fueron las negociaciones llevadas a cabo en Nápoles sobre la concertación de una alianza polaco-española dirigida contra Francia. A la vuelta de su encarcelación en Francia, Juan Casimiro fue recibido solemnemente en Bruselas en la primera mitad de abril de 1640.

²³ W. TOMKIEWICZ: *Wieżień kardynała. Niewola francuska Jana Kazimierza*, Warszawa 1957; L. FERRAND DE ALMEIDA: “Le Prince Jean Casimir de Pologne et les antécédents de la restauration du Portugal (1638-1640)”, *Antemurale* 17 (1974), pp. 28-59. M. SERWAŃSK: *Francja wobec Polski w dobie wojny trzydziestoletniej (1618-1648)*, Poznań 1986, pp. 238-268; R. SKOWRON: *Dyplomaci polscy...*, *op. cit.*, pp. 170-189.

²⁴ M. SERWAŃSK: *Francja wobec Polski...*, *op. cit.*, pp. 244-245.

En el transcurso de las conversaciones con el cardenal-infante Fernando, el príncipe prometió prestar ayuda militar a los españoles en los Países Bajos y expresó su disposición a ponerse al frente de los ejércitos que fuesen de la República. Por mandato del príncipe, el embajador polaco en Madrid Stanisław Makowski escribió el 20 de abril de 1640 a Olivares que el príncipe se dirigía encarecidamente al Rey Católico:

*a degnarsi di honorarlo del Generalato della Cavalleria in Fiandra, con quelle preminenze, che sono devute a un Principe di sua nascita, il che sara di non poco proffitto a S. M. Cat. essendo questo inviatare molti signorii del Regno di Polonia a voluntieri occuparsi militarmente in servizio di questa Corona*²⁵.

Vínculos especialmente estrechos unían a Ladislao Vasa con la corte de Madrid. Le había proporcionado fama en Europa y España su victoria sobre los turcos en la batalla de Chocim de 1620, y esa posición alcanzada la consolidaba el mencionado *grand tour* de los años 1624-1625. El momento crucial en las relaciones con los Habsburgo españoles fue, sin embargo, el año 1626, cuando llegaron en misión diplomática a Polonia el conde de Solre y el barón de Auchy. Durante la estancia en Varsovia los diplomáticos establecieron contactos amistosos con el príncipe Ladislao y su corte. El joven Vasa se convirtió no solo en ferviente partidario de una alianza con España, sino también en admirador de este país y de su monarca, y con él empezó a trenzar su amistad. El conde de Solre construye en torno al príncipe su relación del desarrollo de las negociaciones en la corte de los Vasa²⁶. Le consideraba una persona de gran autoridad, célebre y valorada en todo el mundo por su valentía. Este gran príncipe, lleno de afecto y entrega (“que, efectivamente, es muy grande” –añade Solre) hacia Felipe IV, es persona digna de toda confianza. El príncipe por supuesto que gozaba de muy grande autoridad en la corte de Madrid. Da testimonio de ello que Felipe IV y Olivares le confiasen el cargo de jefe principal de los ejércitos que debían realizar el gran plan báltico. Coincidió totalmente con la tesis de Ródenas Vilar de que en la primavera de 1627 el príncipe Ladislao: “es una pieza esencial del juego nórdico de la Monarquía española. Unido en cuerpo y alma al Rey Católico desde la estancia de Solre en

²⁵ S. MAKOWSKI: *Memoriali alla Maesta Cattolica di Filippo Quarto Re di Spagna e biglietti a diversi ministri...*, Madrid 1647, fols. 18v-19.

²⁶ R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España durante la guerra de los Treinta Años (1624-1630)*, Madrid 1967, pp. 113-119; J. ALCALÁ-ZAMORA: *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639). La última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Barcelona 1975, pp. 237-276; R. SKOWRON: *Olivares, los Vasa y el Báltico...*, *op. cit.*, pp. 143-159.

Varsovia, la coincidencia de sus objetivos con España es perfecta”²⁷. Es más, la corte de Madrid aspiraba a un reforzamiento todavía mayor de la posición del príncipe. Durante algunos años el conde-duque apoyó, en contra de la posición de la corte imperial, que se entregase, cuando se produjese la muerte sin descendencia de Bogusław XIV, Pomerania occidental al joven Vasa.

Siendo ya rey, Ladislao IV solicitó de Felipe IV unos dineros para sus hermanos menores. El punto de partida habían sido las promesas presentadas en 1636 por los diplomáticos españoles en Polonia el conde de Solre y el abad Alonso Vázquez, porque el rey español se había comprometido a entregar a los jóvenes Vasas unas pensiones anuales, de entre ellos, a Juan Casimiro por un montante de 8.000 ducados, y al obispo Carlos Fernando uno de los beneficios de un arzobispado situado en alguno de los estados súbditos de España²⁸. Durante los siguientes años el embajador polaco en Madrid Makowski escribió reiteradamente a Felipe IV, a Olivares y a los funcionarios españoles cartas y memoriales, en los que solicitaba la realización de las promesas y que asignaran esas pensiones sobre algún feudo de Nápoles, Flandes o Milán²⁹; sobre esta última solicitó de manera especialmente insistente que se concediese a Juan Casimiro el burgraviato de Caravaggio. Para Carlos Fernando señaló los beneficios vacantes de los arzobispados de Toledo, Sevilla, Zaragoza, Palermo y otros. La corte española tampoco rehusó en este caso cumplir sus compromisos, pero siempre con cualquier pretexto difería la fecha a la hora de tomar las decisiones definitivas.

El rey Ladislao en esas socilitudes de cargos para sus hermanos durante las negociaciones de Nápoles reclamó: el nombramiento de su hermanastro Carlos Fernando, en aquel entonces obispo ya de Wrocław, de arzobispo de Toledo; la concesión a Juan Casimiro del puesto de virrey de uno de los países de la Monarquía española; la asignación de recursos para dote a su hermanastra Ana Catalina y una pensión para su hijo Segismundo Casimiro³⁰. Peticiones tan exorbitantes fueron imposibles de aceptar para Felipe IV y sus consejeros.

²⁷ R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España...*, *op. cit.*, p. 114.

²⁸ R. SKOWRON: "Hiszpania wobec polsko-szwedzkiego rozejmu 1635 roku. Misja opata Vázqueza i hrabiego de Solre", en M. NAGIELSKI (ed.): *Z dziejów stosunków Rzeczypospolitej Obojga Narodów ze Szwecją w XVII wieku*, Warszawa 2007, pp. 45-56.

²⁹ S. MAKOWSKI: *Memoriali alla Maesta Cattolica di Filippo Quarto...*, *op. cit.*, *passim*.

³⁰ AGS, Estado, leg. 3264. Wojciech Tytlewski al duque de Medina de las Torres, 9 de junio de 1641, fol. 60.

LOS VASA COMO ALLADOS POLÍTICOS DE LA CASA DE AUSTRIA

El período en el que los Vasa y los Habsburgo españoles elaboraron y realizaron planes comunes políticos y militares fue el de la guerra de los Treinta Años. El espacio más importante de colaboración en el que convergieron los intereses de ambas dinastías fue el mar Báltico³¹. Al reanudarse la guerra en marzo de 1621 con las Provincias Unidas, las elites políticas españolas se dieron cuenta perfectamente de la necesidad de intensificar las operaciones por mar, de llevar a cabo una guerra económica así como de desarrollar el propio comercio en el mar del Norte y en el Báltico. Olivares elaboró un nuevo plan de lucha contra los holandeses desde el momento en que se hizo cargo del timón de la política española.

El elemento más importante en la realización de la estrategia ofensiva de guerra económica por mar fue la constitución del almirantazgo de los Países Septentrionales. Olivares sabía que los objetivos de esa estrategia quedarían realizados solo cuando encontrase aliados que no solo apoyasen a Madrid sino que también participasen en las empresas militares y económicas en las aguas y en las costas del mar del Norte y Báltico³². Poner en práctica ambos sistemas de lucha, estrechamente relacionados entre sí, —la destrucción de la flota y del comercio de las Provincias Unidas y que España asumiese el poder en el comercio marítimo en el espacio entre Gibraltar y el Sund— exigía, entre otras cosas, la creación en toda regla de una fuerte flota de guerra, la posesión de al menos un puerto-base situado entre Emden y Gdańsk, la garantía de una entrada segura para barcos por el estrecho del Sund, el corte de los lazos comerciales que

³¹ R. SKOWRON: “El Mar Báltico en la estrategia española de Guerra en los Países Bajos, 1568-1648”, en M.-R. GARCÍA HURTADO, D. L. GONZÁLEZ LOPO & E. MARTÍNEZ RODRÍGUEZ (eds.): *El mar en los siglos modernos*, Santiago de Compostela 2009, II, pp. 345-358.

³² A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “El Almirantazgo de los Países Septentrionales y la política económica de Felipe IV”, *Hispania* 7 (1947), pp. 272-290, y del mismo autor “Guerra económica y comercio extranjero en el reinado de Felipe IV”, *Hispania* 89 (1963), pp. 71-113; R. RÓDENAS VILAR: “Un gran proyecto anti-holandés en tiempo de Felipe IV. La destrucción del comercio rebelde en Europa”, *Hispania* 88 (1962), pp. 542-558 y del mismo autor *La política europea de España...*, *op. cit.*, pp. 83-131. ; J. ALCALÁ-ZAMORA: *España, Flandes y el Mar del Norte...*, *op. cit.*, pp. 178-184; J. I. ISRAEL: *La República holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, Madrid 1997, pp. 181-189, 242-247 y del mismo, “The Politics of International Trade Rivalry during the Thirty Years War: Gabriel de Roy and Olivares’ Mercantilist Projects, 1621-1645”, *The International History Review* 8 (1986), pp. 517-549.

unían a la Hansa con los holandeses, así como la captación de los mercaderes de las ciudades del Norte para el Almirantazgo. Esta nueva concepción de política antiholandesa obligaba ya en su mismo planteamiento a adoptar múltiples actuaciones diplomáticas, y ocasionaba la conexión de todo el plan con la situación internacional de por aquel entonces, rápidamente cambiante, y supeditarla a la misma.

Los memoriales sobre comercio de España con el Norte y posibilidad de contrarrestar la dominación holandesa, presentados a las autoridades de Madrid por Retama, Struzzi, Pereira, Sherley y otros, se centraban en las Provincias del Sur, señalando la necesidad de captar a Dinamarca y/o a Polonia, y de manera algo diferente se veía el papel de las ciudades de la Hansa, fuertemente vinculadas con Holanda, que formaban parte nominalmente del Imperio³³. En estos proyectos económicos el emperador y los países católicos del Imperio que le eran más fieles no aparecían apenas.

Sin embargo, Olivares al comenzar la realización de las funciones resultantes de la creación del Almirantazgo, consideró que en primer lugar, además de crear el aparato burocrático administrativo-jurídico y atraerse a los mercaderes de las ciudades portuarias del Norte, debía llevar al emperador a formar parte de esta empresa. Juzgaba la participación de Fernando II como condición básica e imprescindible para alcanzar el éxito pleno en la realización de la nueva estrategia de lucha con las Provincias Unidas.

En la segunda mitad de 1624, Olivares consideró como el cometido más apremiante, junto a la guerra económica contra Holanda, la creación de una amplia coalición procatólica y prohabsburga llamada Liga de la Alianza, en cuya composición entrasen el emperador, España, Baviera junto con los demás miembros de la Liga católica así como otros soberanos de estados católicos, incluidos los de Polonia³⁴. Para el conde-duque esta alianza debía garantizar la participación de los ejércitos aliados en las intervenciones terrestres. Las negociaciones llevadas a cabo en la primavera de 1626 en Bruselas mostraban y confirmaban las grandes divergencias en los objetivos militares y políticos del campamento católico. Todas las negociaciones terminaron en la derrota de la diplomacia española.

³³ R. SKOWRON: *Olivares, los Vasa y el Báltico...*, *op. cit.*, pp. 84-107

³⁴ R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España...*, *op. cit.*, pp. 45-57; J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona 1991, pp. 232-233.

La situación obligaba a Felipe IV y a Olivares a centrarse sobre todo en el plan báltico. Desempeñaron un papel esencial en su configuración Segismundo III y el príncipe Ladislao. La corte de Madrid había recibido varios testimonios importantes de que los Vasa estaban dispuestos a una colaboración más estrecha ³⁵:

1. Memorial de Adam Makowski ³⁶. Presentado por el enviado polaco en Madrid durante la legación de 1623, en el que el rey polaco al pedir ayuda de Felipe IV hacía ver la importante situación estratégica de la República desde el punto de vista de Madrid, porque la comunión de intereses de los dos países católicos –tanto en el norte de Europa como en el sur– abría amplias posibilidades y muy variadas de actuación conjunta. El memorial de Makowski mostraba la conexión de los acontecimientos que se desarrollaban en el Báltico y en el mar del Norte con los que tenían lugar en el mar Negro y Mediterráneo. La finalidad última de Polonia y España debía ser un ataque en común sobre Turquía. Pero a ambos les sucedería, tanto a los Habsburgo españoles como a los Vasa, que deberían vencer a súbditos sublevados en el norte –Felipe IV en Holanda, Segismundo III en Suecia. Por ello, en opinión de Segismundo III el rey español debía sostener la invasión que ya estaba preparada contra Suecia, lo que constituiría la primera etapa del debilitamiento de Holanda.

2. Memorial de Mikołaj Wolski ³⁷. Presentado al embajador español en Viena, marqués de Aytona, por el mariscal de la corona en enero de 1626. Contenía la proposición de un ataque conjunto del emperador, España y Polonia sobre Dinamarca y esto no solo con la finalidad de destrozar el ejército de Cristian IV, sino también de conquistar todo el país y ocupar el Sund. A continuación los ejércitos de la coalición tendrían ya el camino expedito sirviéndose de la flota española de Dunquerque para efectuar la invasión de Suecia, y de esa manera Segismundo III recuperaría el trono de Estocolmo. El apoderarse del estrecho del Sund y ocupar puertos en Noruega posibilitaría la interrupción del comercio de Holanda e Inglaterra con los puertos situados en el Báltico, lo que tenía especialmente gran

³⁵ R. SKOWRON: *Olivares, los Vasa y el Báltico...*, *op. cit.*, pp. 75-83, 132-159.

³⁶ AGS, Estado, leg. 2327. Consulta del Consejo de Estado, 23 de abril de 1623, fol. 263.

³⁷ AGS, Estado, leg. 2505. Papel que presentó el Gran Mariscal de Polonia..., fol. 49a

importancia para España, porque las Provincias Unidas cimentaban toda su fuerza económica en el comercio báltico, y su corte conllevaría su derrota.

3. Memorial del conde de Solre³⁸. Felipe IV encomendó dos objetivos al conde de Solre, que se puso en camino a Polonia en 1626. El primero era hacer firme en Segismundo III la necesidad no solo de continuar la guerra contra Suecia, sino de extenderla. A cambio, Felipe IV expresaba su disposición de librar guerras contra todos los potenciales aliados de Gustavo Adolfo. El segundo objetivo de la misión era obtener de Segismundo III 16 galeones, imprescindibles para llevar a cabo ofensivas en los mares del norte. En el momento de la llegada del conde a Polonia los planes de Olivares sobre actuaciones en el Báltico no estaban todavía totalmente cristalizados, y la atención de sus diplomáticos estaba centrada en la creación de la Liga de la Alianza, que fue tema central del congreso de Bruselas.

En la primera mitad de 1626 los españoles querían sobre todo obtener del emperador un puerto situado al este de las Provincias Unidas, desde donde su flota pudiera atacar los convoyes comerciales holandeses que surcaban el Báltico o que volvían de allí. En la elaboración de Olivares de los métodos y objetivos de la política báltica influyó mucho el memorial presentado por el conde de Solre a su vuelta de la corte polaca. La coincidencia entre el plan de actuaciones contenido en el escrito de Solre y el memorial de Wolski y proposiciones presentadas por Stanisław Makowski en mayo de 1627 en Bruselas y Madrid, muestran que precisamente fueron los Vasa polacos los autores del proyecto que el historiador español Ródenas Vilar consideró como plan del conde de Solre³⁹. Pero en realidad este plan contiene nuevas proposiciones de los Vasa presentadas al conde durante su estancia en Polonia en el verano de 1626. El plan de Segismundo III, que contenía proposiciones de apoderamiento del Sund y de invasión a Suecia (“freno” para una intervención en el Imperio), confería nueva dimensión a los planes españoles de guerra económica contra los holandeses,

³⁸ AGS, Estado, leg. 2041. Papel del conde de Sora tocante a lo negociado en su embajada a Polonia, s.f., publicado en J. ALCALÁ-ZAMORA: *España, Flandes y el Mar del Norte...*, *op. cit.*, pp. 503-506.

³⁹ R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España...*, *op. cit.*, pp. 84-85.

en lo que se refería no solo ya a la destrucción sistemática de la flota comercial holandesa sino también al asentamiento permanente en el Báltico y al apoderamiento por completo del comercio báltico, lo que no solo cambiaría radicalmente la correlación política en el Norte, sino que también influiría de manera decisiva en la situación de toda Europa. De ese modo el rey polaco quería solucionar su objetivo principal –recuperar el trono sueco.

Los cambios en el plan de Olivares los refleja claramente la instrucción que llevaba el barón de Auchy cuando se dirigió en 1627 a la corte de Varsovia. El objetivo de la misión fue llevar a la concertación de una alianza hispano-polaca dirigida contra Suecia. La base de las negociaciones fue el plácet de Felipe IV a la concesión a Polonia de ayuda en forma de 24 buques de guerra y de cierto número de soldados de infantería. Se planeó comprar los buques o alquilarlos en Gdańsk o Lübeck, y de la totalidad de los temas relacionados con la organización de la flota, su armamento, aprovisionamiento y reclutamiento de la tripulación debía ocuparse Gabriel de Roy. Los costes corrientes del mantenimiento de estas fuerzas navales los sufragaría el rey español, que también asignaría recursos financieros para su construcción. El jefe principal de estas fuerzas navales aliadas debía ser el príncipe Ladislao Vasa.

El cometido principal de estas fuerzas navales habsburgo-vasas debía ser luchar contra los rebeldes y otros enemigos en el Báltico. La flota atacaría sobre todo barcos comerciales y controlaría las vías marítimas. Se puede aceptar que en la segunda mitad de abril de 1627 Olivares elaboró definitivamente el plan de actuaciones en el Báltico. La fecha límite es posible determinarla por la instrucción de embajada expedida en Aranjuez el 23 de abril a Gabriel de Roy, porque contiene todos los elementos del plan examinados más arriba: creación de una flota báltica de 24 buques, entrega del mando al príncipe Ladislao, encargo a Roy de la misión a las ciudades de la Hansa con el fin de construir la flota y la entrega para ese fin de 200.000 ducados, el destino del barón de Auchy en misión a la corte polaca, la concesión de plenos poderes a Aytón para la negociación con el emperador y que se le ordenase la coordinación de las actuaciones de ambos diplomáticos ⁴⁰. La realización de este programa el conde-duque la

⁴⁰ AGS, Estado, leg. 2510. Instrucción de Gabriel de Roy con algunos apuntamientos a la margen en que adierte las causas mudadas algunos efectos de los capítulos della, Aranjuez, 23 de abril de 1627, fol. 363. Véase J. I. ISRAEL: “The Politics of International Trade Rivalry...”, *op. cit.*, pp. 528-529 y R. SKOWRON: *Olivares, los Vasa y el Báltico...*, *op. cit.*, pp. 168-170.

apoyó en dos premisas fundamentales. Primera, que España debía sostener la guerra polaco-sueca, pues solo esta frenaba a Gustavo Adolfo de empezar su intervención en los conflictos del Imperio y era la única explicación justificable de la intervención española en el Báltico y de una eventual invasión; y segunda, que Felipe IV podía hacer guerra contra Suecia solo en el momento en el que también el emperador emprendiese acciones de guerra contra Gustavo Adolfo, prestando en primer lugar una importante ayuda a Polonia en las luchas en el territorio de Prusia. Pues la guerra austro-sueca Olivares la consideraba eslabón imprescindible en el plan trazado la primavera anterior. Esta premisa parece estar muy fundamentada. La alianza de la Casa de Austria con los Vasa y el alcance de la ayuda que en su marco podía dispensar Felipe IV no daba garantía alguna de derrotar a Gustavo Adolfo en Prusia y de una campaña victoriosa en el territorio de Suecia. Los embajadores en Viena Oñate y Aytona, y los legados a Polonia Solre y Auchy suministraron a la corte de Madrid en los últimos años suficiente información, que mostraba las limitadas posibilidades del rey polaco en lo tocante a la toma de decisiones políticas y militares. Desde el punto de vista de las relaciones polaco-españolas, la realización de los objetivos principales –ataque al Sund e invasión de Suecia– Olivares la supeditaba al parecer de Fernando II. Significaba ello la desestimación de hecho de las proposiciones de Segismundo III de un apoderamiento en común polaco-español del Sund. Esa vez Viena, a la espera del desarrollo de los acontecimientos en Silesia, Prusia y Baja Sajonia, claramente se opuso a las negociaciones hispano-polacas, tentando a Madrid con sus propias proposiciones sobre un puerto para España en el Norte y con la disponibilidad de construir una flota común, que era lo que precisamente pedía Wallenstein. Consecuencia de la tregua de Sary Targ fue la intervención sueca en el Imperio. Sin embargo, ni Olivares ni el príncipe Ladislao desistieron de los planes bálticos, a pesar del cambio fundamental de la situación en el Norte. Las nuevas proposiciones de los Vasa de invadir Suecia se convirtieron de nuevo en tema de discusión en la corte de Madrid el verano de 1631, y ahora estaba incluso mejor argumentado. El marqués de Leganés en la sesión del Consejo de Estado dijo:

esta proposición de meter la guerra al Sueco en su propia casa ella misma se acredita, pues es cierto que ninguna otra diversión puede ser mas eficaz no solo para detenella en los progresos que va haziendo pero para obligarle por sí⁴¹.

⁴¹ AGS, Estado, leg. 2333, consulta del Consejo de Estado, 15 de junio de 1631, f. 3

Segismundo III, queriendo demostrar a Felipe IV su disposición a realizar los planes elaborados en común, envió en diciembre de 1628 a Wismar su flota de guerra, donde en nombre del rey español se hizo cargo de ella Gabriel de Roy. El desarrollo de los acontecimientos en Europa y en especial la guerra de Mantua así como la situación interior obligaron al rey polaco a la firma en septiembre de 1629 en Altmark de una tregua de seis años con Suecia.

A la diplomacia habsburguesa tampoco le fue posible impedir en 1635 la prolongación de la tregua polaco-sueca para los siguientes 27 años, a pesar de que tanto Viena como Madrid enviasen sus diplomáticos a la corte de Varsovia. La diplomacia imperial y española querían sobre todo llevar a la reanudación de la guerra de la República con Suecia. Sin embargo, en las concepciones de actuación para con Polonia, eran visibles claramente las diferencias entre Viena y Madrid. Olivares de buen grado quería arrastrar al rey polaco no solo a la guerra contra Suecia, sino también a una intervención en el Imperio y a otra contra Francia; mientras que el emperador prefería limitar el teatro de las actuaciones de guerra polacas contra Suecia al espacio de Prusia y Pomerania de Gdańsk. Era decididamente contrario al ataque planeado contra los suecos desde la parte de Silesia. Temía que si los polacos se apoderaban de Silesia, ya después no la abandonarían. Tampoco se veía con buenos ojos en Viena unas eventuales actuaciones militares polacas en Pomerania occidental y en Meklemburgo. Los representantes del rey Felipe IV –el abad Alonso Vázquez y el conde de Solre– llegaron a Polonia justo después de la firma de la tregua y el principal objetivo de su misión fue convencer al rey polaco de que se casase con la hija del emperador Fernando II ⁴².

El 16 de marzo 1637, tuvo lugar la renovación por Fernando III y Ladislao IV del tratado de familia. Ambas partes, es decir, los Habsburgo austriacos y la línea más antigua de los Vasa, la de Segismundo, se comprometían a una estrecha colaboración y recíproca protección de intereses dinásticos. El emperador se encargaría de prestar ayuda política y militar a Ladislao IV en la recuperación de Suecia. En el caso de guerras victoriosas contra los turcos, el territorio conquistado debía ser entregado en heredad o en posesión feudal a un representante de la familia de los Vasa. El emperador debía apoyar la línea de Segismundo a través de matrimonios, pensiones y dignidades. A cambio, Ladislao IV, como rey sueco, transfería a los Habsburgo el derecho a la corona sueca a la extinción de

⁴² R. SKOWRON: "Hiszpania wobec polsko-szwedzkiego rozejmu...", *op. cit.*, *passim*.

la Casa de los Vasa, y como soberano de Suecia y Polonia se comprometía a no concertar tratos contrarios a los intereses de Austria. El 3 de marzo de 1637 el rey presentó por escrito al abad las proposiciones de los tratos con Felipe IV, que se basaban directamente en el tratado de familia concertado con Fernando III ⁴³. En la mente de Ladislao IV eso era una oferta para el rey español para que también él se sumase al tratado de familia, y con ese mismo tratado quedase comprendida toda la Casa de los Habsburgo.

El momento culminante en las negociaciones entre la Casa de Austria y los Vasa durante el reinado de Ladislao IV corresponde a los años 1638-1641 y está estrechamente relacionado con la encarcelación en Francia de Juan Casimiro en el curso de su viaje a Portugal, donde debía ocupar el cargo de virrey ⁴⁴. Las líneas española y austriaca de los Habsburgo consideraron el cautiverio del príncipe polaco como el momento oportuno para obligar a la República a romper la tregua con Suecia y empezar la guerra con Francia. El plácet del rey polaco al viaje de Juan Casimiro a Portugal fue el paso que, de una parte, mostró inequívocamente los estrechos vínculos políticos con los Habsburgo, y que de otra parte, tenía un significado claramente antifrancés. El príncipe se dirigía a España en un momento en el que los portugueses se rebelaban cada vez más vivamente contra el dominio de Felipe IV y aspiraban a la ruptura de la unión con Castilla, en lo que les apoyaba el cardenal Richelieu. Para Ladislao IV la estancia de su hermano en Lisboa debía ser un elemento esencial a la hora de ganarse el apoyo financiero y militar español en el siguiente intento de recuperar el trono sueco.

La corte española veía en la concesión al Vasa polaco del puesto de virrey una excelente posibilidad de provocar una aguda tensión en las relaciones polaco-francesas. La encarcelación de Juan Casimiro favoreció todavía más los planes españoles. En el fondo de las negociaciones se hallaba la idea de los Habsburgo de que Ladislao IV empezase la guerra contra Francia, para de esa manera vengar la humillación y los daños causados a los Vasa y a Polonia por la encarcelación del hermano del rey. En la correspondencia del virrey de Nápoles, duque de Medina de las Torres, y del embajador español en la corte imperial, marqués de Castañeda, era este motivo suficiente para comenzar la guerra ⁴⁵. Propositiones

⁴³ A. SZELAGOWSKI: *Rozkład Rzeczy a Polska...*, *op. cit.*, pp. 209-211.

⁴⁴ Véase la nota 23.

⁴⁵ AGS, Estado, legs. 3263-3264.

del mismo tipo presentó el emperador Fernando al rey polaco durante su encuentro en Nikolsburg. De ese modo, después de varios años de intentos, se realizaría uno de los más importantes objetivos en la política de los Habsburgos españoles, que era arrastrar directamente a Polonia a la guerra en el oeste. Esa vez sus parientes de Viena no vieron con buenos ojos cualquier posible intervención de Polonia en el oeste.

Las negociaciones entre Polonia y España tenían lugar en Nápoles. Por parte española estaban empeñados en las negociaciones el virrey de Nápoles, duque de Medina de las Torres; el gobernador de los Países Bajos, cardenal-infante Fernando; el virrey de Sicilia, Francisco de Melo y el embajador español en Viena, marqués de Castañeda. Todo, por supuesto, lo coordinaba y controlaba el conde-duque de Olivares. Esta formación testimonia a las claras de qué manera tan importante los españoles trataron las negociaciones con Ladislao IV. En Polonia los tratos se consideraron secretos y sabían de ellos, y solo en cierto grado, los miembros de más confianza del rey: Adam Kazanowski, Jerzy Ossoliński y Kasper Denhoff. Las conversaciones en Nápoles las dirigió directamente el italiano al servicio de los Vasa Francisco Bibboni, y después Wojciech Tytlewski.

El contenido del proyecto de tratado polaco-español acordado por el duque de Medina y Bibboni no lo conocemos. Es posible deducir sus postulados fundamentales por la correspondencia. La parte más importante es el resumen de la carta de Ladislao IV a Bibboni, realizado por el destinatario para el virrey de Nápoles. El proyecto de alianza entre Felipe IV y Ladislao IV se componía por lo menos de ocho puntos y ya en el primero de ellos el rey polaco se comprometía a declarar la guerra a Francia⁴⁶. El tratado instituía una estrecha alianza polaco-española. Después de comenzar la guerra con Francia, la República no podía interrumpirla y concertar la paz sin el plácet del rey español, y además los territorios ocupados durante la guerra por los polacos, no podían ser devueltos a Francia sin el beneplácito de España. La parte española se comprometía a organizar el aprovisionamiento de los ejércitos de la República y a prestar ayuda financiera al rey polaco.

Todas las actuaciones españolas en curso las coordinaba el embajador español en Viena⁴⁷. El marqués de Castañeda era ferviente partidario de los tratos

⁴⁶ R.SKOWRON: „Preliminaria wojskowe z okresu polsko-hispańskich rokowań sojuszniczych w Neapolu (1639-1641)”, *Studia i materiały do historii wojskowości* 42 (2006), pp. 233-250.

⁴⁷ R. SKOWRON: *Dyplomaci polscy...*, *op. cit.*, pp. 176-181.

con Ladislao IV. Consideraba que la aparición de ejércitos aliados polacos en el Rin cambiaría de manera fundamental la situación militar en Alemania, Italia y Flandes, y en consecuencia facilitaría vencer a Francia. En 1640 llegaron a Polonia dos emisarios españoles: en mayo Alegreto di Allegretti, enviado del virrey de Nápoles, y en agosto Pedro Roca de Villagutierre, agente del cardenal-infante Fernando. Oficialmente el objetivo de su misión era la organización de reclutamientos para el ejército imperial y español, pero se convirtió en cometido principal llevar a cabo un reconocimiento de las posibilidades de ratificación del tratado napolitano.

La posición de Ladislao IV hacia el proyecto de tratado experimentó una evolución en el curso de la primera mitad de 1640, y claramente dependía de la situación de Juan Casimiro. A la vuelta de Juan Casimiro a Varsovia, en junio de 1640, Ladislao IV envió nuevamente a Nápoles su parecer sobre el tema del proyecto de tratado. El rey hacía constar que no podía declarar la guerra a Francia sin el acuerdo de la República y por ese mismo motivo no podía aceptar la obligación de no concertar la paz sin el consentimiento del rey español. En una parte posterior de la carta, una vez más subraya el peligro de una invasión turca y pedía que la futura alianza garantizase la ayuda financiera y militar de España en caso de guerra con Turquía. De ese modo Ladislao IV rechazó definitivamente el proyecto del tratado negociado que debía conducirle a la guerra con Francia.

Nueva animación en las relaciones entre Ladislao IV y Felipe IV tuvo lugar en 1643⁴⁸. En ese momento el Vasa al realizar por una parte el plan de alianza con Dinamarca de acción contra Suecia, y por otra al solicitar en Viena ser mediador de paz en la guerra europea que estaba teniendo lugar, pidió el apoyo de Felipe IV. A través del embajador español en Viena, marqués de Castel Rodrigo, dirigió la proposición al rey de España para que también él se uniese al tratado de familia firmado en 1637 con los Habsburgos vieneses.

El día 1 de diciembre de 1643 el Consejo de Estado examinó las proposiciones enviadas por el marqués de Castel Rodrigo desde Viena, presentadas por mediación de Fantoni. La declaración de Ladislao IV de la oferta de ampliación del tratado de familia a los Habsburgos españoles, fue mal acogida por los consejeros de Felipe IV, lo que muestran las deliberaciones del Consejo de Estado. Los españoles pensaban que el tratado de familia serviría sobre todo para satisfacer

⁴⁸ A. SZELAGOWSKI: *Rozkład Rzeczy a Polska...*, op. cit., pp. 159-160.

las necesidades financieras de la familia de los Vasa. Pero el motivo principal de rechazar la proposición del rey polaco fue la situación política en la que se encontraba España en ese momento. Para Felipe IV lo más importante era conseguir un gran apoyo en la guerra contra Francia, que podía producirse solo tras la firma de la paz entre el emperador y Suecia, porque posibilitaría esto dirigir una notable cantidad de tropas austriacas contra Francia. Sin embargo, Ladislao IV se propuso en sus planes llegar rápidamente a la paz entre Francia y Austria para posibilitar que el emperador se comprometiese sin riesgo y en mayor escala en la guerra contra Suecia. Las diferencias entre el rey polaco y el español a la vista del modo de eliminar a Suecia de la guerra las ilustra bien el extenso escrito de Makowski presentado a Felipe IV en mayo de 1644⁴⁹. El legado de Ladislao IV presentó al soberano de España una proposición de incluir en la alianza a Polonia, Dinamarca y Moscú. En común con el ejército imperial, las tropas de la coalición expulsarían a los suecos del Imperio. A continuación Fernando III y Maximiliano de Baviera atacarían Francia, de esa manera se verían obligados a retirarse de Cataluña, Portugal, Flandes e Italia. No puede, pues, extrañar que por esas divergencias tan grandes Felipe IV no proyectase apoyar a Ladislao IV en sus planes de guerra contra Suecia y de mediación de paz. Tras la muerte de Cecilia Renata en 1644, desilusionados con la política de los Habsburgo, los Vasa llevaron a cabo una reorientación política y se ligaron con Francia. Su símbolo fueron los matrimonios con Luisa María Gonzaga primero de Ladislao IV y después de Juan Casimiro.

Si observamos las relaciones de amistad que unían a los Vasas polacos y a los Habsburgos españoles en los años 1598-1668 en su dimensión familiar y política, advertiremos en ellas de continuo por ambas partes una esperanza presente de querer llevarlas a un nivel todavía superior. Sin embargo, ambas casas no se dieron cuenta hasta el final de la realidad política en la que les había tocado colaborar, y no nos referimos aquí solo a la situación política en Europa, porque igualmente, e incluso de manera más decisiva, influyó en gran modo la situación interna. Especialmente en lo que se refiere a Polonia, los Habsburgo madrileños entendieron tarde que sin el acuerdo de la dieta no había posibilidad real de empeñar a Polonia en la guerra. Tenía razón el duque de Alburquerque cuando en la sesión del Consejo de Estado recordaba que la dificultad fundamental con los Vasa eran las limitadas posibilidades que tenía el rey de adoptar

⁴⁹ S. MAKOWSKI: *Memoriali alla Maesta Cattolica di Filippo Quarto...*, *op. cit.*, pp. 142-143.

decisiones, porque “no puede acudir con gente ni con dinero fuera de su Reyno si no es con consentimiento de los parlamentos”⁵⁰. Y los Vasa continuamente confiaban en las ilimitadas posibilidades financieras de la corte de Madrid tanto en lo tocante a asuntos familiares como políticos; porque no advertían ni las grandes dificultades financieras de la Casa de Austria ni el hecho de que reinaban (los Vasa) en un país situado en la periferia de la gran política de la Monarquía española. Y aunque en la lucha con los holandeses el Báltico desempeñaba un papel importante, la adopción de actuaciones de guerra en ese espacio exigía ingentes recursos financieros; por lo que no sin motivo el conde-duque al considerar el asunto de un ataque a Suecia decía: “La falta de dinero temo que nos lo ha de descaminar todo, si Dios no haze milagros”⁵¹.

⁵⁰ AGS, Estado, leg. 2336. Consulta del Consejo de Estado, 14 de abril de 1635, fol. 2.

⁵¹ *Ibidem*, fol. 3.